

Juésves 7 de Febrero, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

INDICE DE ESTE NÚMERO. — Historia del teatro: Aténas. — Historia de dos bofetones. — El adulterio: poesía. — El Dinoterio jigantesco. — Antigüedades de Madrid. — El aguador. — El redactor Tijera. — Ramillete.

HISTORIA DEL TEATRO.

Aténas.

Representacion de: LOS NUBLADOS.

(Año 4.º de la olimpiada 389.º — ántes de J. G. 378.)

Celebrábase la fiesta de Cibele, y debia representarse en el teatro una pieza de Aristófanes.

Desde ántes de amanecer sitiaba el pueblo las ventanillas de mármol, donde, segun la costumbre establecida, á cada ciudadano deseoso de asistir al espectáculo se distribuían dos óbolos; uno para pagar el asiento en las gradas del anfiteatro, y otro para proporcionarse los alimentos necesarios durante la representacion.

Recibidos los dos óbolos, dirijianse los espectadores hacia las galerías que guiaban al anfiteatro. Allí varios comisionados, vestidos de púrpura, percibían el precio

de entrada, mientras otros, con un baston blanco en la mano, colocaban en fila á los que iban llegando, y cuidaban al mismo tiempo de la conservacion del órden.

Aquella compacta masa de hombres reducidos á la necesidad de permanecer sentados, ó de pié en el estrecho intervalo de banco á banco, se indemnizaban de esta sujecion y del fastidio de esperar, con gritos, rechiflas y sarcasmos contra aquellos cuya burlesca fisonomía se prestaba de algun modo al ridiculo. Si tropezaba alguno ó se presentaba con vestidos poco aseados ó de mal gusto, levantábase la turba, le señalaba con el dedo y le dirijia palabras de escarnio: la victima no tenia mas recurso que el de salir á ocultarse entre los espectadores, bajando la cabeza y cubriéndola con su manto hasta que un nuevo incidente lograrse distraer á otro lado la insolente alegría de los Atenienses.

Estaba ya colocado todo el mundo, cuando entró en el anfiteatro y se puso á buscar sitio en que sentarse, un anciano pobrementé vestido y encorvado por la edad. Tremenda fué la burla que de su

apuro hizo la concurrencia. Algunos jóvenes se estrecharon para dejar vacío un asiento; mas, cuando el anciano llegó hasta él, no sin trabajo, volvieron los calaveras á ensancharse y desapareció el hueco, viéndose obligado el pobre hombre á retirarse al son de una descarga de risotadas y dicharachos. Así cruzó todo el anfiteatro, hasta el sitio reservado para los embajadores de Esparta.

Entonces se levantó uno de los embajadores, el mas joven. Tendió su mano al pobre viejo, le cedió el lugar que ocupaba y se quedó de pie detras de él.

Un Ateniense se levantó tambien y aplaudió.

Imitáronle inmediatamente todos los espectadores, olvidando que estos aplausos, tributados á la conducta del extranjero, afeaban su propia conducta.

Poco despues, el son de los instrumentos de música anunció que el espectáculo iba á comenzar, y presentáronse en el teatro los coristas precedidos de un tocador de flauta que regulaba sus pasos. Iban á seis de frente y cuatro de fondo, modo de anunciar que la pieza era una comedia.

El teatro representaba el vestíbulo de un palacio: al fondo se veía una plaza: á los lados se figuraban muchas casas entre las cuales se abrían dos calles principales, una en direccion de oriente y otra en la de occidente.

De repente aparece en la escena un lecho movido por secretos resortes: sale de él un personaje grotesco, Strepsíades, y recorre la escena con grande agitación "pues, segun dice, tiene deudas y mucho placer en gastar dinero." Sobreviene Fidípides, su hijo, joven, loco y no ménos pródigo y entabla una disputa con su padre, hablando de un filósofo que no nombra y á quien quiere consultar para hallar medio de deshacerse de sus acreedores.

Los dos actores encargados de los pape-

les de Strepsíades y de Fidípides llevaban máscaras que les cubrian no solo el rostro sino tambien la cabeza, y que por tener la boca abierta, dejaban libre paso á la voz, la cual hacían mas fuerte ciertas láminas de acero dispuestas por un método particular.



STREPSÍADES.

FIDÍPIDES.

Llama Strepsíades á la puerta del Filósofo: ábrela un criado y despues de una escena atestada de equívocos, levántase una cortina, y aparece el filósofo en medio de sus discípulos.



SÓCRATES.

Gran semejanza presentaban sin duda las máscaras de los nuevos actores con los personajes á quienes se proponía zaherir Aristófanes; pues todos los circunstantes se volvieron hacia el hombre que había aplaudido poco ántes la conducta del embajador espartano, y todos le señalaban con el dedo, repitiendo entre mil estrepitosas carcajadas:

— Sócrates! Sócrates!



SÓCRATES.

Sócrates traía en mano un ramo de rosas. Reíase como todos los demás espectadores, pero sin rechilla ni amargura, de las agudezas que abundaban en la comedia.

En tanto proseguía el espectáculo: el Sócrates de la comedia, suspendido en el aire dentro de una cesta, bajaba al teatro é invocaba á los *Nublados* "únicos dioses que, según dije, reconocía."

Mucho se aplaudió este chiste de Aristóteles, que daba á entender que las doctrinas de Sócrates y sus discípulos eran puras quimeras, vacías y fantásticas, como los vapores de que las nubes se forman.

En seguida, despues de una invocacion de Sócrates, bajáron por medio de máquinas los *Nublados*: estos eran actores, vestidos con extrañas ropas y cubiertos con mascarillas de mujeres. Cantaban en coro, ponderaban el poder de los *Nublados* y concluían ofreciendo su proteccion á Strepsiades en favor de Sócrates.

Entónces reniega Strepsiades de los dioses de Atenas y se consagra al culto de los *Nublados*, que prometían enseñarle á corromper el buen derecho para pedir prestado y no pagar; añadiendo:

Déjate guiar por Sócrates y lograrás lo que apetezcas.

Aquí concluyó el primer acto. Apenas quedó la escena vacía, volviéron los espectadores á charlar y reír estrepitosamente.

Luego entró de nuevo el coro, y detras Sócrates y Strepsiades, cuya capa ha robado el filósofo.

Despues empezó un diálogo, que fué muchas veces interrumpido por las carcajadas y los aplausos del pueblo.

SÓCRATES.

Qué deseas aprender? Las medidas, la armonía ó la cadencia?

STREPSIADES.

Sí, sí, las medidas; pues no háre mucho tiempo que me engañó un mercader con una medida falsa... Porque, á qué aprovecha la armonía?

SÓCRATES.

Para ser bien recibido entre las jentes.

STREPSIADES.

No se trata de eso! Enséñame á echar por tierra el buen derecho.

Cuanto mas se acerca Strepsiades al objeto de su peticion, mas se aparta Sócrates de él, y, como la filosofía, dice, exige muchos conocimientos preliminares, da á su discípulo una leccion de gramática, que concluye así:

Acuérdate, medita, adhiérete á un pensamiento, y si no puedes desenredarlo, pasa á otro, divide, define, contempla y en fin busca los medios convenientes para burlar á tus acreedores.

Al llegar aquí, estalláron por todas partes las risotadas y los aplausos; pues estas palabras grotescas parodiaban con bastante finura los preceptos de Sócrates, el cual pretendía producir los pensamientos de los otros sin decir los propios. Por esto le llamaban *la comadre de los entendimientos*.

Cansado de dar vueltas en su lecho, esclama al fin Strepsiades que cree haber dado con el secreto que buscaba.

Si yo comprase una hechicera de Tesalia, y con su auxilio cojiese la luna y la encerrase en un estuche cual si fuese un espejo...

SÓCRATES.

Qué sucedería?

STREPSÍADES.

Si no hubiese luna, no pagaría intereses.

SÓCRATES.

Cómo?

STREPSÍADES.

Es cosa muy clara. No habiendo luna, tampoco habría meses, y por consiguiente no llegaría el vencimiento al fin del mes.

SÓCRATES.

Pero si te condenasen á pagar cinco talentos, como saldrías del paso?... Piensa en ello, reflexiona algunos instantes, dá vuelo á tu entendimiento, como los muchachos se lo dan al abejerro que tienen atado con un hilo.

STREPSÍADES.

Me pondría detrás del apremiador: expondría un espejo á los rayos del sol y quemaría todos los escritos que se hicieran contra mí.

SÓCRATES.

Y si tratasen de asegurar tu persona?

STREPSÍADES.

Hay un medio sencillísimo: me ahorcaría.

Viendo Sócrates que no puede sacar partido de su nuevo discípulo, le aconseja que traiga á su hijo.

No seguiremos una á una todas las escenas de *Los Nublados*, y diremos solamente que al fin el hijo de Strepsíades, guiado por los consejos de Sócrates, da de palos á su padre y le echa á pasear. Disgustado este de la filosofía, llama á sus criados, los provee de hachas y antorchas, sube con ellos al tejado de la escuela, le prende fuego y la deja consumir enteramente.

Saló Sócrates mas que chamuscado y con sus discípulos pone pies en polvorosa en medio de los sarcasmos del coro.

Un incidente interrumpió la primera escena del último acto y suspendió por un momento la representación. Olvidó un

actor algunas palabras de su papel, y con un movimiento poco diestro dió vuelta á su máscara doble, fuera de propósito (1);



MÁSCARA DOBLE.

púsose el pueblo de pié y empezó á pedir que quitasen al actor la doble máscara para gozar de su confusion. Obedeció el desdichado y despues de aguantar la bafa y los silbidos del público, erdió su traje y su máscara á un compañero que continuó el papel. Entónces se volvió á empezar el acto interrumpido y se acabó la pieza.

Despues de retirarse la turba y libres ya las avenidas del anfiteatro, Sócrates, cuya fisonomía durante la representación habia permanecido serena é inalterable, salió en medio de sus discípulos, no todos capaces de semejante fortaleza de alma.

Al revolver una esquina, encontróse cara á cara con Aristófanes, á quien sus amigos llevaban en triunfo; abochornóse el autor cómico y quiso ocultarse; pero Sócrates se fué derecho á él y le hirió suavemente en la mejilla con el ramo de rosas que llevaba en la mano.

Sorprendido Aristófanes retrocedió medio asustado.

— Aristófanes, le dijo el filósofo son-

(1) La máscara doble tenía dos rostros; el actor, con un movimiento rápido, le daba vuelta de manera que ofreciese al espectador la expresión que exigía el diálogo.

riendo, haz con este ramo lo que he hecho yo con tu comedia; perdona los arañazos en cuenta del perfume delicioso.

— Cuidado! gritó uno que por allí pasaba: no es difícil que entre esas rosas esté oculto algun áspid.

El que por allí pasaba era Platon.

Veinte y tres años despues bebía Sócrates la cieuta y Aristófanes atravesaba pensativo el Pristanco. Una voz conocida le hizo estremecer:

— Bien te lo dije Aristófanes; que había un áspid entre tus rosas!

HISTORIA

DE DOS BOFETONES.

SEGUNDA PARTE.

Era de noche, y el sereno anunciaba las dos y media. Con esto anunciamos nosotros que hemos dado un salto cronológico superior al que Hsman mortal los volatines, ó al que dijo Pedro de Alvarado en la calzada de Méjico; y si añadimos que el sereno llevaba colgado del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de estos felices tiempos de libertad y de estados excepcionales, de líricos y de represalias, de poesía y de miseria. Eran las dos y media de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de la Atala, del Ivanhoe, de Bue-Jargal y del Corsario, una interesante jóven de negros ojos y negra cabellera, el rodete en la nuca y los rios hasta el seno, se deshacía al amor de la lumbre en amargo llanto que inundaba sus mejillas medianamente flacas y descoloridas. Es comun decir que cuando llora

una niña tiene algun hombre la culpa de su lloro; y esto era puntualmente lo que se verificaba con doña Doloreitas del Tornasol aquella noche, porque hombre era el que había escrito no sé qué cuento, novela ó drama que tenía en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido por culpa del autor de imaginarios males, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora. Por lo demas ningun hombre había dado á Doloreitas hasta entónces motivo de pesadumbre, porque á todos los 26 amantes que había tenido hasta la edad de 18 años que contaba, (sin incluir en aquel número ningun galan del tiempo en que la niña iba á la maestra y aun se usaban azotes) á todos 26 había dado calabazas, al uno por jóven, al otro por machucho; al uno por rico, al otro por no serlo; al uno por tónico, al otro por ordinario. Aguardando que la suerte le deparase algun Arturo ó Caballero del Cisne, todos le parecían Frentes-de-Buey y Cuasimodos. Esparcidos por el suelo estaban todavia los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello y canto dorado, primera entrega del vijésimo séptimo galan, hecha furtivamente aquella noche en una academia de baile; pero téngase entendido á pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal que existía en la cabeza de la melindrosa niña, tenía sin embargo cierto aire ó traza de novelesco que agradaba algun tanto á la pretendida. Pero mientras ella se acongojaba por la infelicidad ajena á falta de la propia, el libro estacionado en los pliegues de la amplísima falda que se escapaba de un talle de sílfide, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoráron en un punto la inocente márgen de fas mentirosas pájinas. Acudió Dolores á salvar á su héroe favorito del suplicio de la inquisicion; pero acudió tan

tarde, que, convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarlas del fuego solo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvió el brazo de la niña defendido solo por una delgada tela de algodón, fácil de inflamarse. Soltó Dolores asustada el libro, cayó este ardiendo sobre la falda, prendió en ella y vióse en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entónces de todo punto, principió á correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desahoradas voces como la ocasion pedía, y un poco mas, si cabe. Al estrépito que armaba, despertó no solo la única persona que vivía con ella, (que era una anciana, tia-suya) sino la vecindad entera: quien creyó que los facciosos estaban ya cantando el *Te Deum* en Santa María, quien que estallaba en Madrid un pronunciamiento de moderados, quien que sus acreedores habian descubierta el undécimo asilo que habia mudado en cuatro semanas. Conmovióse toda la casa: los milicianos nacionales de ella se echáron las correas sobre la camisa y salieron á los corredores á paso de ataque y haciendo la carga apresurada: y fué ciertamente espectáculo notable el ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y á la escalera, y asomar por ellas viejos y viejas, mozos y mozas, chicos y chicas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos sin calzones y ellas en enaguas; habiendo llegado á tanto la curiosidad de una vecina de edad equívoca y medio cegarra, que se salió á informarse olvidó su peluca y sus dientes, y no se olvidó del antejo. Mientras todos preguntaban y ninguna respondía, los gritos habian cesado, y por consiguiente la perplejidad era mayor. Eca el caso que la

respetable doña Gregoria (la tia de Dolores) puesta en pié al primer grito que oyó, habia saltado de la cama; y encamiuándose hacia donde sonaban los alaridos, se encontró al atravesar la cocina con la atolondrada jóven, que ya no estaba para conocer á nadie; y gracias á las nueve arrobos que pesaba la buena anciana, pudo resistir el recio empujon sin venir al suelo, y la que cayó hecha un ovillo fué la sobrina. La tia, aprovechando aquella feliz coyuntura, hizo un esfuerzo para verter sobre Dolores la tinaja del agua, que no era grande, y en un santiamén apagó el fuego, y puso á la niña mas fresca que una lechuga. Desnudóla en un instante, llevóla á la cama, apaciguó el tumulto vecinal con dos palabras, volvió á la autora de él, vió que todo el daño que habia sufrido se reducía á un ligero chamuscon de rodillas abajo, y un rizo ménos; con lo cual la prudente doña Gregoria se sosegó y principió á indagar la causa del incendio. Ha de saber V., decía Dolores ya recobrada de su turbacion, ha de saber V., tia de mi alma, que de aquel lienzo que me regaló mi padrino estaba haciendo yo unas camisitas que pensaba dar á los niños de la pobre viuda de la guardilla, que están los angelitos que da lástima verlos, cuando... Al llegar aquí la relacion que, como vé el lector, no prometia mucha fidelidad histórica, alcanzó á las narices de doña Gregoria un tufo á chamusquina que la hizo salir de la alcoba al gabinete, temerosa de nueva catástrofe; y casi debajo del brasero halló el lomo de un libro en rústica, cuyas hojas habian sido reducidas á pavesas. Apareció entónces toda la verdad del caso, amostazóse sobradamente la buena señora y apostrofó á su sobrina con los epítetos de embótera, desobediente, perturbadora del sosiego público, y romántica amen de esto, que le parecia peor que todo. Ella,

para disculparse, habló de subterfugios inocentes y de irritabilidad de nervios, de consideraciones justas y de arbitrariedad doméstica, soltando de aquella boca tan copioso raudal de bachillerías, formuladas en la peregrina fraseología moderna, y acompañadas con tales suspiros, ayes y lágrimas, que la grave doña Gregoria, mas por ver si conseguía hacerla callar que por otra cosa, se atrevió á poner su mano irreverente y prosaica sobre aquellas mejillas de alfeñique. ¡ Nunca tal hiciera la mal aconsejada tía! Allí los chillidos de Dolores cual si la matáran, allí el arrojarse frenética los cabellos, allí el caer en un soporcio de media hora de duración, y salir de él para entrar en una convulsion espantosa, en medio de la cual invocaba á todas las potestades del infierno, desgarraba las sábanas y aporreaba á su tía, que no tuvo mas remedio que pedir favor á los vecinos. Nuevo alboroto, nueva encamisada. La habitación de Dolores se llenó de gente: unos se destacaron en busca de facultativos, otros por medicinas. "Sinapismos, decía uno; frías, replicaba otro; darle á oler un zapato, decía un señor antiguo; darle con él en las espaldas", decía una desenfadada manola. Por último, como todo tiene fin en este mundo, ménos la guerra de Navarra, á las dos horas y media de braga y barahunda cesó el síncope, y volvió en su acuerdo la irritable señorita á tiempo que se desgajaban tocando á fuego las campanas de la parroquia, donde, engañado uno de los vecinos, habia ido á avisar así que oyó las primeras voces del primer alboroto, sin haber podido conseguir hasta entónces que el sacristan despertase. Poco despues comenzaron á sonar las demas campanas de Madrid; acudieron las bombas de la villa, los serenos, los celadores, los alcaldes, la guardia con dos docenas de aguadores embagados, los mi-

licianos que estaban de imaginarías; y guiados todos por el diligente vecino, ocuparon militarmente la casa; y poco satisfecho el celo de los peritos con la declaración unánime de los interesados, invadieron las guardillas, subieron al tejado, descubrieron dos ó tres carreras, echáron una chimenea abajo, y rompieron los vidrios de un traga luz, con lo cual se retiráron plenamente satisfechos de haber cumplido su obligacion.

Pocos dias despues el vijésimo séptimo galán de Dolorcitas recibia una carta en que la chamuscada niña le decia que era el único hombre que habia encontrado el camino de su corazon, y le rogaba que tendiera su mano protectora hacia una huérfana infelice, víctima de una tía brutal.

Tres meses despues anunciaba un periódico chismográfico de la corte que una agraciada jóven de ojos negros, pelo negro, y descolorida, se habia fugado en compañía de un peluquero de la casa de su tutora, llevándose equivocadamente él ó ella cierto dinero y alhajas que no pertenecian á ninguno de los dos.

Dos años despues en la feria de Jdraque obtenia los mayores aplausos una cómica de la legua llamada como nuestra heroína, representando en un pajar el papel de la infanta doña Jimena; y al dia siguiente su alteza la señora infanta dormía en la cárcel de la villa por disposicion de un alcalde celoso de la salud y de la moralidad pública.

Mes y medio despues un alguacil que habia traído de órden de un señor juez una niña de ojos negros á Madrid, como pueblo de su naturaleza; contaba á un colega suyo en un figon de la calle de Fuencarral, que la niña mencionada habia preferido una habitación en el hospicio á vivir bajo la custodia de cierta parienta suya que no gustaba de monerías.

Otro mes y medio despues faltaba una noche una persona en el jineco de la real casa de Beneficencia de esta Corte, y los dependientes del real Canal de Manzanares á las cuarenta y ocho horas sacaban de aquellas cenagosas aguas un cadáver de una jóven con las manos puestas delante de la cara.

La jóven era la desventurada Dolores. Un castigo, imprudentemente impuesto, la condujo á la carrera del vicio; el mismo castigo hizo á Gabriela entrar en la senda del deber. Otros caracteres, otro modo de manejarlos: otros tiempos, otras costumbres.

J. E. HARTZENBUSCH.

EL ADULTERIO.

Si hollada la virtud remuerde al alma,
no hay dicha verdadera, no hay placer.
¿Cómo dormir con apacible calma
en brazos de una adúltera mujer?

De tierno amor el plácido embeleso,
pérfida, en vano finjes al raptor
y so el velo quizá de impuro beso
de tu frente le escondes el rubor.

La memoria del roto juramento
será mordaza de tu labio audaz
y el ay de aterrador remordimiento
amargará, traidora, tu sofaz.

Ora al vicio se deba, ora al autojo,
ora á baja codicia femenil,
ese triunfo cubierto de sonrojo
solo puede halagar á un alma vil.

¡Y el mundo infama al engañado esposo!
Mil veces mas infame el barragan
de ajeno lecho centinela ansioso
cual de opulenta mesa inmundo can.

¿A quién das con fúnesto regocijo,
ciego consorte, el beso paternal?
¡Maldito está! ¡Del adulterio es hijo!
Arrojale del tálamo nupcial.

¡Cuánto empero es mas misera la suerte
del que en extraño seno á su hijo ve,
y ha de afrontar, ó se hundirá en la muerte
sin decirle: ¡Oh, mi amor! ¡Yo te enjendré!

Y á ti tambien la reza Mesalina,
libertino mancebo, á tí tambien,
si hoy con muelles halagos te alucina,
te hará llorar mañana su desden;

Que si la fé jurada en sacro templo
y las leyes quebranta del honor,
juega, cómplice tú de tal ejemplo,
qué fé merece su culpable ardor.

Y acaso un dia la que agora vende
á quien amor debía y gratitud,
pese á la torpe llama que la enciende,
arrepentida torne á la virtud.

¿Qué digo? Aun en el fondo del abismo
do, acaso seducida, se arrojó,
quizá, necio galan, mas que á tí mismo
ama al esposo que inocente amó.

Quizá pudo el sacrilego adulterio
rendir á sus sentidos la razon;
mas si de ellos usurpas el imperio,
aun venera al esposo el corazon.

Tal vez del santo nudo dulce prendá
algun dia le estreche mas tenaz
y tú en el ara servirás de ofrenda
do en nuevo culto brillará la paz.

Ayer esposa vil, hoy tierna madre,
un amor de otro amor será el iman;
qué mal pudiera aborrecer al padre
del hijo que acaricia con afan.

Cuando la vida de los dos geligre;
del bello amigo y del esposo fiel,
verás, si esa mujer no es una tigre,
qué á tí te inmola por salvarle á él.

Que hay momentos de en torno del delito
el instinto del bien surge veloz
y la conciencia con agudo grito
al alto arrebatara mas feroz.

Y tú tambien de la fatal conciencia
ténticas, mal tu grado, el torcedor,
por mas que con impúdica licencia
te moles del ajeno deshonror.

¡Por qué, si oculta vez no nos reprende,
muestra en su frente palidez mortal
á la luz del esposo á quien ofende
quien diciera muertes mil á otro rival?

¡Mísera dicha que á traición se alcanza,
donde mas que el deleite es el terror,
y donde ni memoria ni esperanza
hermoscan el sueño del amor!

Y en tanto cada celihe vicioso
á una casta Doncella hace infeliz,
y lo que gloria fuera de un esposo
es hoy quizá perdida meretriz.

Mas; ah, que á tales crímenes alienta
frívola y corrompida sociedad,
y donde gala se hace de la afrenta
sueño es la honra, inútil la verdad!

Madrid 12 de Enero de 1838.

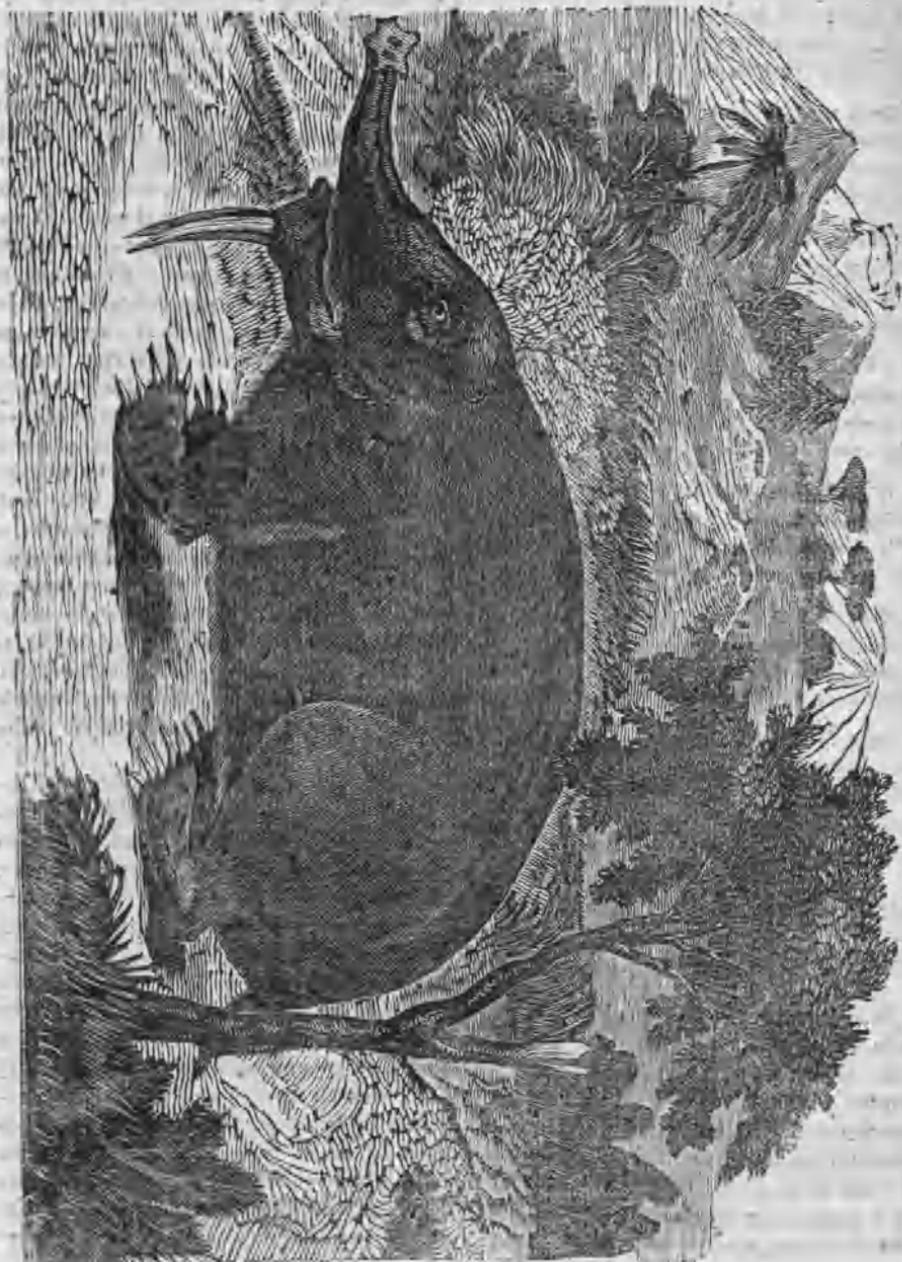
M. BRAYON DE LOS HERREROS.

DINOTERIO GIGANTESCO.

El dinoterio gigantesco, cuya raza se halla extinguida, es un extraño animal. Tiene de diez y seis á diez y ocho pies de longitud y ocho de diametro en la parte mas gruesa de su cuerpo; es decir, que su tamaño llega al del mas corpulento elefante. Toda su piel está cubierta de pelos largos y cerdosos de un verde tornasolado de cobre ó bronce, que presenta, como el *eri-*

sotero del cabo de buena Esperanza, hermosos reflejos metálicos. Su nariz extremadamente gruesa, remata en una especie de callo móvil, formado de tubérculas cor-tantes y corneos, muy propios para abrir el seno de la tierra. Bajo esta nariz está colocada una enorme mandíbula inferior, prolongada por la parte anterior en una larga barba dirigida hacia el suelo. Al extremo de esta barba y por entre la piel del labio salen dos colmillos unidos por su base, de cerca de dos pies de longitud, cuyas puntas se inclinan hacia el cuerpo y no hacia afuera. Sirvenle para encaramarse y subir cuevas muy escarpadas, clavándolos en el suelo y suspendiendo de ellos el cuerpo. Sus ojos son tan pequeños que apenas se percibirían entre los largos pelos que los rodean, si no brillasen como chispas de oscura lumbre. Tiene muy diminutas las orejas. Sus pies traseros son bastante cortos y están armados de uñas muy fuertes; pero los delanteros terminan en dos enormes manos, absolutamente semejantes á las del topo, que le sirven para desparramar la tierra á derecha é izquierda, cuando fabrica con la nariz una galería subterránea.

En el museo de París se conserva el esqueleto de una cabeza del dinoterio gigantesco antediluviano. Esta cabeza, de cuatro pies de longitud y tres de grueso, es decir, mayor que la de un elefante; unos colmillos colocados, contra todas las analogías que ofrecen cuantos animales vivos ó fósiles se conocen, no en la mandíbula superior sino en la inferior; no en el lugar de los dientes caninos, sino en el de los incisivos; no en una posición elevada hacia el cielo, sino en dirección de la tierra; no salientes de la boca, sino por dos agujeros abiertos en el labio inferior, forman un conjunto de anomalías capaces de suspender y confundir al naturalista mas instruido. Lo poco que hemos dicho en el primer



párrafo acerca de la figura de este animal, y las indicaciones que hemos aventurado sobre sus costumbres, no pasan de meras conjeturas, apoyadas en las leyes de la buena analogía. La escasez de datos no permite más.

Estudios históricos sobre las antigüedades de Madrid.

(Conclusion.)

Diferentes autores han tratado de su genealogía (si nos es permitida esta expresión.) Algunos han pretendido deslindarla; pero de esta operación no ha resultado sino lo que debe resultar necesariamente en todas aquellas que se emprenden, con tan escasos fundamentos como la de que hablamos, sobre negocios á los cuales preside la obscuridad de los tiempos, hija en gran parte del silencio de los historiadores coetáneos ó inmediatos á las épocas de que se disputa. En el indicado deslinde se establecieron opiniones extravagantes, por no decir desatinadas, atribuyendo muchos la fundación de Madrid á un príncipe griego, hijo de la profetisa ó encantadora Mantu y del rey de Etruria Tiberino. Temeríamos transmitir á nuestros lectores el fastidio que se ha apoderado de nosotros cada vez que en la lectura de historiadores visionarios hemos tropezado con tan enfadosas fruslerías, si con imprudencia poco excusable entrásemos á relatarles los pormenores de las ridículas y desatinadas consejas que hemos visto sobre el particular en letras de molde. Tiempo es ya de que semejantes vaciedades queden reservadas á solo la anaquelaría de las bibliotecas, don-

de los curiosos consulten cuando quieran el extravío á que puede ser arrastrado el entendimiento humano, separándose de la senda que trazan la razón y el juicio. Sin embargo, no nos creemos dispensados de decir lo que baste para poner al lector al corriente de esta parte de la historia fabulosa de Madrid. Atendida la naturaleza de nuestro trabajo, juzgamos deber hacerlo así. Descarremos que su publicación alorre á otros escritores el tiempo, y á los lectores este y la paciencia.

Pero ántes será bien dar razón de los varios nombres con que nuestra capital ha sido designada, hasta fijarse y prevalecer el que actualmente la distingue.

NOMBRES DE MADRID.

Antiguos griegos Mantua te pusieron,
Y los romanos, que despues fundaron,
Ursaria y Magerito te llamaron,
De aquí Madra y Osaria te dijeron.

Los que pronosticar en tí pudieron
De adivinanza Mantua te nombraron,
Pero los que tu cerca acrecentaron
El nombre Maioritum te añadieron.

Al natural pronóstico dispuesto
Tu sitio, ilustre y señorial, arguye
Señas de largo y ancho cielo y suelo:

Tu Maioritum á tu Mantua incluye
Con siete tanto muro, bien apuesto,
Si la verdad no se me va de vuelo.

El autor de este soneto fué D. Juan Hurtado de Mendoza, regidor de Madrid, y lo compuso en tiempo del Emperador Carlos V. Quintana y Pellicer lo copiaron: nosotros no hemos querido omitirlo.

Por lo que él indica y por lo que vamos á ver, se vendrá en conocimiento de que Madrid es una de las poblaciones cuyos nombres parecen con más varia lectura en historias y documentos.

He aquí un catálogo de muchas palabras con que hallamos designada nuestra capital.

Madrid.	Mageritum.
Madericum.	Maglit.
Madrid.	Mágrit.
Madridium.	Magueritum.
Madcidum.	Maidrit.
Madril.	Maidrid.
Madrillum.	Maieritum.
Madrít.	Maioricum.
Madrítium.	Maioisida.
Madrítumf.	Maioritum.
Magaretum.	Mantona.
Magelit.	Mantuá.
Mageriacum.	Margaritum.
Magericum.	Matritum.
Mageridum.	Osaria.
Magerit.	Ursaria.
Magerita.	Viseria.

Los lectores que deseen saber cuanto ha menguado, á encojido, á embebido Madrid de doscientos años á esta parte, pueden abrir la Historia de Quintana, al libro 3.^o, capítulo 67, página 377, y hallarán qué entónces estaban extendido este pueblo que tenía de circunferencia tres leguas y media, siendo así que hoy tendrá poco mas de la mitad.

Peró lo que acabará de poner en confusión á los que leyeren es la prodijiosa multiplicacion de los edificios en el discurso de seis años que mediáron desde 1623, época en que dió á luz el maestro Gonzalez Divila su Teatro de las grandezas de Madrid, y 1629, época en que publicó Quintana su historia. El primero da á Madrid diez mil casas, y pareciéndole pocas al segundo, le puso en el libro 3, capítulo 61, página 383, catorce mil. Cuatro mil casas mas ó ménos es negocio de poca consideracion; y parece justo que el número de edificios guarde proporción con la extension del territorio.

AZCONA.

TIPOS ORIJINALES DE MADRID.

EL AGUADOR.

Al tomar la pluma para escribir este artículo, se me ocurre que un famoso escultor queriendo hacer la estatua de Venus, y no hallando ninguna mujer bastante perfecta que le sirviese de modelo, copió de muchas, respectivamente, las mas proporcionadas y voluptuosas formas. Yo quisiera, pues, componer un *Aguador*, como lo tengo acá en mi majin, formado de lo mas sobresaliente de todos los aguadores de que hay historia, tradicion ó inmediato recuerdo. Es mas empresa la mía que la del estatuario suso-referido: aquel trató de perfeccionar todo lo posible lo bello; yo intentaría dar cierto aspecto seductor á lo que naturalmente es feo, á mas no poder. Cada uno tiene sus manías.

El *Aguador*, personaje importante en la moderna sociedad de esta muy heroica Villa, es viva personificación de una parte de la providencia: es el que satisface una de nuestras primeras necesidades, la mas barata sin embargo en el presupuesto de nuestros gastos; y, como por extension de atribuciones, se halla revestido en la casi totalidad de su clase, de la facultad de obligarnos á comer lo que el quiere que comamos. Semejante al escurrizado pretendiente, que desde el atrio de la secretaría se encarama al gabinete del ministro, el *Aguador* principia por los corredores y cocinas de las casas, y puede concluir por el *boudoir* de la dama mas relamida, si es un tanto cuanto cuidadosa de la economia doméstica.

El *Aguador* es, en su gran mayoría, gallego; y, como tal, trabajador de resis-

tenencia, y de servicial carácter. Llega muchas veces á esta profesion, despues de haber desempeñado la de segador ó la de mozo de cuerda, aunque no es preciso pasar por estos trámites. Es hombre honrado: sin esta cualidad, que no excluye la de ladino, sería inútil optar á la prebenda. Debe empezar por inspirar confianza á sus compañeros; y, si la merece á los ojos de estos, ningun vecino de la capital le cierra sus puertas. Compra bastante cara la plaza, y con ella la agregacion á una fuente, y con esto el privilegio de entrar y salir en cualquier habitacion á tal hora que bien le place, de dia ó de noche, y con ménos obstáculos, acaso, que alguno de los individuos de la familia.

Aunque se llame Saturnino, Telesforo ó Sebastian, contesta por Juan y por Domingo; tambien suele reconocérsele por otros epítetos, v. g. el *traidor del agua*, y el *maestro de baile*.

El *Aguador*, lo mismo que el soldado en guerra extranjera, y mejor que este, vive sobrè el país. Sea ó no comprador en las casas á donde portea el agua, las provisiones de los amos son sus provisiones; y á menudo sucede que se come la mejor tajada. En invierno y en verano, en otoño y en primavera, saluda con la cuba al hombro á la risueña aurora; y las anchas y cuadruples suelas de sus herrados zapatos, que mas bien que zapatos semejan dos lanchas de socorro, hacen con acompaña-
do primor el hájo fundamental en el concierto de trinos alegres con que los pintados pajarillos festejan la reaparicion del luminar del mundo. Con la cuba al hombro, ó sin la cuba, que no están muy de acuerdo en estas pequeñeces los coronistas; y cargado con tres, cuatro, ú mas espor-tillos, diríjese Domingo á los mercaderes de las vituallas de diario consumo; y en esta operacion gana, por lo ménos, la *prima* que el abastecedor le paga gustoso, por

la preferencia con que le favorece. Á la hora en que el ménos perezoso y rezagado se desayuna, ya tiene Domingo en el estómago tres ó cuatro refacciones de varias clases y procedencias. El guisado de la noche anterior, lo mismo que el de la mañana actual, le rinden parias, que no siempre admite.

El *Aguador*, ya se ve, es dengoso, por fuerza. En cada casa tiene una mujer, lo ménos; la cocinera. En algunas suele tener dos; la cocinera y la niñera. En varias puede tener tres; la cocinera, la niñera, y la doncella, de labor. Aparte todo cuanto puede afectar la delicadeza *piarum aurium*, digo y sostengo en la mejor forma literariamente posible que Domingo está mas mimado que cualquier embalsamado elegante á cuyos muslos, piernas y cintura hayan aplicado Utrilla ó Bórrrell sus medidas doradas.

El *Aguador* es, al mismo tiempo, el *coco* obligado para el chiquillo travieso, y para el niño de mantillas que no se quiere domar. Es el portador de las primeras noticias que se reciben cotidianamente sobre asuntos públicos: ántes de que el Diario de Avisos haga su entrada, por debajo de la puerta, entra Domingo, y dice qué tal está el dia, si hay corrillos que anuncien jarana, si ha nevado ú helado en la noche anterior, con todo lo demas que ocurre y que puede estar sujeto á su penetracion y explicaderas.

El *Aguador* llevaba en otros tiempos terribles ebascos, que en gran parte, ha esquivado ya, poniendo en contribucion á este fin todos los recursos de su talento. Todavía suele ser víctima, particularmente por carnaval, de las travesuras de los muchachos del barrio. Las mazas, las cartecillas de pólvora, los garbanzos detonadores, y otros regalillos de este jérez, le son dedicados con preferencia; pero respecto del bolsillo, se defiende en la dia me-

por. Tiene Domingo un amo que se atrasa en algunos meses? Llega con su sombrero ú montera en la mano, y haciéndole la mas cumplida salva, le dice que va á partir inmediatamente á la tierra; indicacion suficiente, á la cual es preciso dar contestacion positiva. Hay aguador que va doce veces al año á Galicia, sin salir de Madrid; y, si en efecto sale, y el amo no saldó la cuenta, se endorsa la libranza á uno de los compañeros, y al fin se hace efectiva la cantidad.

Domingo habita, con otros quince ó veinte *maestros de Baile*, un cuarto bajo, estrecho y negro. Para los cuartos de los aguadores no hay albañiles ni yeso. Allí respira una atmósfera sucia el mismo que está encargado de suministrar á la poblacion el elemento de la limpieza.

Domingo, pacifico por demas con todo el mundo, ménos con sus paisanos, riñe á menudo sobre el turno para llenar la cuba, disputa y se da de puñadas con los mozos de esquina; y siempre que en las inmediaciones de la fuente de la teja se columpia y se entona, dando al aura su ingrato acento con aquéllo de

Mañana voy para Pravia
Pasar el río no puedo;
Pásame, Mannel del alma,
En tu caballo *ligeiro*...

es forzoso que confeloya por andar á garrotazos con los demas que le acompañan en canto y danza.

Por último, Domingo, sabio economista mientras permanece en Madrid, ahorra en pocos años algunos centenares de pesos; y dando un tierno adios á la capital de España, toma el portante para Galicia en el caballo de nuestro padre San Francisco. Llegado allá, compra algunas tierras y un par de *baquiñas*: se establece, casándose por supuesto, y ántes de tener

un chiquillo tiene dos pleitos. Domingo, ya señor, es pleitista, y sobre un ardite litiga con tanta obstinacion como la que ha tenido en Madrid durante quince años para labrar su fortuna, que acaba por ser devorada en un abrir y cerrar de ojos.

ARCONA.

EL REDACTOR TIJERA.

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa,
El que no, que las oiga.

Sic vos, non vobis...

El diccionario de cartas por Espinola reformado y adicionado.

Una pluma taquigráfica.

Dos floretes sin boton.

Un par de pistolas.

Dos resmas de papel usado en cuartillas.

Unas tijeras.

— Unas tijeras? exclamé al llegar á esta partida del formidable catálogo. En la redaccion de un periódico tijeras! Señor editor propietario, este es un lujo inexplicable.

— Se conoce que empieza V. ahora la carrera periodística, amigo D. Espiridon. Esas tijeras son el colaborador activo é inteligente de que hablé á V. al cerrar nuestro trato.

— Mi colaborador unas tijeras? No lo entiendo.

— Me explicaré. Nosotros los propietarios de los periódicos de Provincia tenemos los principales redactores en la corte. La Gaceta nos envía la sesion; el Correo nos suministra noticias de todo el reino: los periódicos vespertinos nos dan la parte

elismográfica, que no es la menos sabrosa para el lector: del Panorama y del Semanario Pictórico proveemos el folletín. Solo queda, pues, el artículo de fondo, que es la parte de redacción encomendada al talento de V. Por las noticias locales que nada nos cuestan, nos envían las empresas de Madrid todos sus números gratis, y nosotros pagamos este favor, haciendo una segunda edición de lo más florido que contienen. Pero como tratamos de esquivar la aplicación del epíteto de plagiario que no es el más honorífico para un periódico, y como por otro lado queremos pasar por originales, todo se concilia dejando de citar á los generosos bienhechores que cotidianamente robustecen las columnas de nuestro papel. Algunos escrupulosos (no periodistas) pretenden que esta táctica tan cómoda y suave envuelve un ataque directo á la propiedad, porque un artículo es producción industrial lo mismo que un par de botas, y tiene dueño conocido, y saltan con que si los frutos de la inteligencia no han de obtener iguales privilegios que los de la agricultura y las artes, nunca será en España profesión reconocida la de literato, ni podrá hundirse y tomar vuelo la aristocracia del talento y otras habladurías *ejusdem furfuris*, muy buenas para los libros, pero imposibles y perniciosas en la práctica. Mas, no habiéndose establecido todavía la costumbre de castigar á los que en literatura toman lo ajeno contra la voluntad de su dueño, oímos nosotros esas sandeces como quien oye lllover, y proseguimos imperturbables nuestro provechoso manejo, escudados con la costumbre y con el silencio de los despojados coñrados. Llegó el correo; víenon los periódicos franco de porte; leemos; señalamos con una raya al márgen los artículos, que mejor pueden encajonarse en nuestro papel, y despues de haberlos separado, por

supuesto con las tijeras, de las columnas que no nos sirven, pasámoslos á la imprenta, donde el cajista les da todo el aire de familia componiéndolos con nuestros caracteres, ó mejor diré, poniéndoles el mismo vestido que usan nuestros bellísimos hijos intelectuales. Es regular que con esta sencilla explicación quede V. ampliamente convencido de la indisputable necesidad del utensilio llamado *Tijera* en la redacción de un periódico de provincia.

— Quedo convencido, le respondí encojiéndome de hombros, y rueda la bola.

Desde aquel momento puse manos á la obra, y en honor de la verdad debo confesar que en los tres meses de vida que alcanzó mi periódico, gocé sin contradicción física ó moral del poderoso auxilio de mi compañero el *Redactor Tijera*.

RAMILLETE.

El Jueves 31 se estrenó en el teatro del Príncipe, en la función de beneficio para el primer actor D. José García Luna, el drama en cinco actos, en verso, original de D. José García de Villalta, y titulado *el Astrologo de Valladolid*. Fué benignamente recibido del público, que al caer el telón pidió el nombre del autor entre estrepitosos aplausos. Creemos que esta distincion se concedió con justicia; pues aunque el drama puede considerarse como primer ensayo del poeta, se descubre en él la fuerza de una pluma ejercitada, de un criterio sano y de una instrucción nada comun. No dudamos que el halago de esta corona será estímulo para el señor Villalta, de quien debe exigírse la española escena otras producciones en este difícilísimo género. — Tambien tuvo lugar en la misma noche la primera representación de la divertida comedia en un acto titulada *la Solterona*, y traducida á nuestro entender con acierto y facilidad. La concurrencia rió mucho con ella y la aplaudió unánimemente. — La función pareció demasiada larga. Eran las doce muy dadas cuando salía la jente del teatro.

— El primer baile de los que se ha propuesto dar la Empresa de teatros en el magnífico

salon de Oriente tuvo lugar en la noche del Domingo 3 con numerosa y lucida concurrencia. Preciso es conceder á este grandioso local la primacia sobre todos los que están destinados en Madrid á las reuniones de Carnaval, y confesar que ningún otro le iguala en riqueza de adornos, en profusa iluminación, en cómodas y desahogadas dependencias. De buen agüero ha sido la primera fiesta, oportunamente diferida para la penúltima semana del tiempo alegre; pues la buena sociedad ha elegido ya,

y esta elección promete constante afluencia. Esta será sin duda mayor si se cuida de que la esplanada á que da frente el pórtico del edificio, ofrezca en la sucesivo mas comodidad á los aficionados pedestres.

ERRATAS. En el número 5.^o, página 67, línea 23, donde dice *sucio* debe leerse *lucio*. En la página 70, línea 86, donde dice *original* debe leerse *animado*.

La publicación del periódico titulado *El Alba* se suspende, quedando incorporada esta empresa á la de *El Panorama*, cuya administración remitirá á los interesados en la primera los números correspondientes al corriente mes de Febrero. Nos parece que el periódico substituido llenará dignamente el objeto que nos propusimos al emprender el nuestro. — *Los Redactores de EL ALBA.*

NOTA. En obsequio de nuestros suscritores hemos dispuesto dar al fin de cada trimestre, que formará tomo, una portada y un índice completo, quedando desde ahora suprimida la inútil impresión de las cubiertas.

ESTE PERIÓDICO SE PUBLICA TODOS LOS JUÉVES.

Precio de suscripción.— 4 rs. mensuales, en Madrid, llevado á las casas. En las provincias, 18 por un trimestre, 34 por seis meses y 60 por un año, franco de porte.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en los puntos de suscripción en Madrid que son los siguientes: librería de *Cuesta*, frente á las Covachuelas; estamperia de *Falle*, calle de Carretas; almacén de papel de *Fernandez*, calle de la Concepción Gerónima.

Provincias. Alcoy, *Cabrera*. Aljociras, *Grimaldi*. Alicante, *Carratalá*. Almería, *Santamaría*. Badajoz, *Viuda de Carrillo*. Barbastro, *Lafita*. Barcelona, *Piferer*. Bilbao, *Delmas*. Burgos, *Araúz*. Cádiz, *Hortal*. Cartajena, *Benedicto*. Castellón de la Plana, *Gutiérrez Otero*. Coruña, *Perez*. Ferrol, *Tajonero*. Granada, *Bada*. Guadalajara, *Ruiz*. Jaén, *Orozo*. Jerez, *D. José Bueno*. León, *Paranio y Miñan*. Logroño, *Ruiz*. Lugo, *Pujol*. Málaga, *Carreiras*. Mahón, *D. Juan Sijes y Farnes*. Orense, *Gómez Novoa*. Oviedo, *Longoria*. Palma, *Guaspar*. Pontevedra, *Sr. Administrador de Loterías*. Reus, *Viuda de Anjelon*. Ronda, *Fernandez*. Salamanca, *Blanco*. Santander, *Rivero*. Segovia, *D. Domingo Alejandro*. Santiago, *Rey Romero*. Sevilla, *Hidalgo* y *D. Luis de la Peña*. Valladolid, *Pastor*. Vitoria, *Ormilague*. Zaragoza, *Luhos*. Y en las Administraciones de Correos de Avila, Audójar, Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad-Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Valencia, Tarazona y Tuy.

Las reclamaciones y cartas se dirigirán, francas de porte, á la Redacción del *Panorama*, calle del Amor de Dios, número 5, cuarto principal, escalera de la derecha. Estará abierta desde las 4 de la tarde á las 8 de la noche.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CAVALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, número 7.